

CONTRA UNA AVENTURA MILITAR EN GUINEA

La expresión "cuerpo expedicionario" está demasiado relacionada con las viejas guerras coloniales como para que se asuma ahora con facilidad el hecho de que España pueda enviar uno a Guinea Ecuatorial. No es inmediatamente aceptable ni el nombre ni la acción sin explicaciones completas y examen parlamentario y público de la cuestión. Un conjunto de informaciones periódicas dan como inminente el envío de tropas de combate españolas a Guinea. Destaca, por su precisión, la que ofrece Alfredo Semprún en "ABC" (10-XI-79), que informa desde un punto que parece privilegiado para la recolección de esta noticia: Mojácar, donde han terminado las maniobras conjuntas sobre operaciones de desembarco en las que han participado tropas españolas y de los Estados Unidos, y a las que han asistido altas personalidades militares. Se habla en dicha información de que el Tercio de Armada —Infantería de Marina, adiestrada en este tipo de combate— "saldrá casi de inmediato hacia Malabo (Guinea Ecuatorial)". "Asimismo, y sin que nos haya sido posible confirmarlo, sabemos que desde Fuerteventura saldrán con destino a Malabo dos de las Banderas que integran el Tercio Don Juan de Austria, tercero de la Legión"; estas tropas relevarían a la unidad marroquí —otro "cuerpo expedicionario"— actualmente en Guinea. Participarían los transportes de ataque "Aragón", "Castilla" y "Galicia".

UNAS unidades de combate tan altamente especializadas sólo se envían ante la necesidad o la eventualidad de combatir. De combatir, ¿qué? Si seguimos el hilo de la misma información de Alfredo Semprún, a los soviéticos, a las guerrillas y a los cubanos. El nuevo Presidente, coronel Nguema, "parece decidido a eliminar la presencia rusa al término legal de los acuerdos firmados por el desaparecido Macías, anulando, tanto en las islas como el continente, las acciones de guerrillas que los rusos han encargado a sus obedientes cubanos por aquello de las facilidades que en este caso les otorga la pigmentación de su piel y el idioma". Según Semprún, esta posible acción española provoca satisfacciones en numerosos puntos: en París y en Rabat, Duala y la capital gabonesa, en la OUA y entre los militares españoles que han participado en las maniobras, y para los cuales "la noticia del traslado a Guinea se ha acogido asimismo con grandes muestras de aprobación".

PROBABLEMENTE no todo es tan entusiasta ni tan fácil; probablemente, a juzgar por la falta de confirmación, e incluso por algunos desmentidos, nada es tan inmediato ni tan espectacular. Pero el tema es tan desmesuradamente grave, que merece que se salga a comentarlo y a señalar sus problemas profundos. Tan posible, que el diputado canario del PCU, Fernando Sagaseta, ha depositado en el Congreso una pregunta por escrito con la intención de que el tema se despeje, pregunta en la que va expresada la seguridad de que una acción de ese tipo, según la Constitución, requiere que sea aprobada por las Cortes. Obligación que el Gobierno, sin duda, ni obviará y que si llegase a plantear seguramente encontraría una oposición fuerte incluso en su propio partido, tan sensible a cuestiones de conciencia como para dividirse y enfrentarse en cuestiones como la del divorcio, que seguramente daría muestras mayores de inquietud moral antes de embarcar a España en una aventura que podría ser grave.

EN primer lugar, no hay ningún indicio de que la Unión Soviética intenta mantener por la fuerza los acuerdos de facilidades pesqueras cuando éstos expiren. Más bien parece todo lo contrario. La posibilidad de guerrillas cubanas tampoco ofrece por ahora ningún indicio. No quiere decir esto que en algún momento llegasen a existir, como ha sucedido en algún punto africano. Sin hablar de esas presiones exteriores, podría haberlas de carácter interior. Salvo la infima clase protegida por Macías, de la que han salido sus vencedores y ejecutores, parece que el júbilo interior por la caída del tirano es prácticamente unánime. Podría en algún momento radicalizarse en una oposición violenta, una oposición a la que el nuevo dictador deja muy poco juego, si persiste en su disolución —o no legalización— de partidos políticos, en la lejanía de cualquier forma electoral y en



Lo que ya España pudo hacer en favor del cambio de régimen en Guinea es más que suficiente para mostrar una amistad. En la foto, fuerzas que intervinieron en el derrocamiento de Macías.

la escasez de previsión para cualquier forma de mecanismo democrático. En ninguno de estos casos eventuales se ve cuál puede ser el estímulo español para realizar una intervención armada. Una eventual presión de la Unión Soviética que se saliera de la legalidad, una formación externa de guerrillas contra el régimen, podrá tener sus mecanismos de auxilio al régimen, si éste los requiere, en algunas instituciones: en la Organización para la Unidad Africana y, si es preciso, en los "casco azul" de las Naciones Unidas. Quizá podría movilizar a los países vecinos que se pudieran sentir amenazados. Pero España no tiene ninguna razón jurídica ni moral para enviar en esos casos un cuerpo expedicionario. Menos todavía si se tratase de oposiciones violentas al actual régimen.

SI reparamos un poco en el destino de los "cuerpos expedicionarios" de la historia reciente, nos encontramos, ante todo, con dos nombres trágicos: Corea y Vietnam. El de los Estados Unidos en Corea (bajo la apelación de las Naciones Unidas), el del mismo país en Vietnam; no solamente no consiguieron nada —el último fue una guerra perdida—, sino que destruyeron la propia sociedad que envió sus soldados. Las consecuencias se están viendo todavía.



Un conjunto de informaciones periodísticas dan como inminente el envío de tropas españolas de combate a Guinea Ecuatorial.

LA razón que pudiera esgrimirse de defensa de los intereses españoles es enormemente precaria. Guinea Ecuatorial se independizó bajo el régimen anterior, y los intereses españoles, en propiedades, hombres y sociedades, fueron absolutamente pisoteados y destrozados sin que se enviara un solo soldado en su defensa; peor aún, los colonos de entonces fueron abandonados por el Gobierno español cuando regresaron a España, sin ninguna ayuda eficaz. Lo que se trate de recuperar ahora no podrá hacerse por otros medios que no sean los diplomáticos y los de negociación. Hay un enorme campo abierto en ese sentido. La reciente visita a Malabo de una delegación española presidida por el ministro de Economía y las continuas visitas españolas a Guinea —ha sido necesario habilitar un barco de la Trasmediterránea, el "Ciudad de Pamplona", como hotel flotante, vistas las escasas comodidades locales y las necesidades de ellas de nuestros aguerridos negociadores— han establecido una serie de puntos interesantes: caladeros de pesca, investigación petrolífera y minera, ayuda a la recuperación de las producciones de cacao, café y madera, envío de asesores y técnicos, posibilidades de turismo... Esa es una vía válida que puede ayudar a la restauración del país asolado por el vándalo Macías y puede repercutir, simultáneamente, en la economía española. Pero ni un paso más.

HAY otra idea muy débil para justificar el envío de fuerzas expedicionarias. Es la que ha expuesto el ministro de Industria de Guinea Ecuatorial, en un reciente viaje a Canarias: proteger al Rey de España en su próxima visita —el 13 de diciembre— a Guinea. Si la visita del Jefe del Estado español, que por circunstancias históricas y personales muy especiales en este momento supone un punto de equilibrio para toda la vida política española, ofrece el más leve riesgo, deberá ser suspendida o aplazada. Lo que se está haciendo para mostrar la amistad de España con Guinea Ecuatorial, lo que haya podido hacerse ya en favor del cambio de régimen, es más que suficiente. No hacen falta demostraciones. Cubrir un posible riesgo con el envío previo de infantes de Marina y de legionarios, a pesar de la eficacia de esos especialistas, parece una temeridad.

ACEPTEMOS que toda esta cuestión de las fuerzas expedicionarias no sea más que la forma de inflamar un tema más para los partidarios de ciertas cabalgaduras políticas. Hace falta que estos rumores se disuelvan, que se disuelvan con toda claridad y con toda solvencia. Las guerras de Africa del siglo XIX y principios del XX no son, felizmente, repetibles ya. Ni hay intereses coloniales que favorecer, ni hay compromisos constitucionales que nos obliguen. El fondo de la aventura podría ser demasiado trágico como para no precipitarse a desmentir no sólo que se está preparando esa operación, sino que ni siquiera en el más duro de los casos para Guinea se intentaría. ■

REQUIEM POR TRES VIEJAS DAMAS

DONNA Rachele, Mamie, tante Yvonne han muerto ahora, con días de diferencia. Noviembre se lleva ancianos, incluso ancianas, que son más resistentes. Estas damas fueron las acompañantes de tres protagonistas de su tiempo —Mussolini, Eisenhower, De Gaulle— y les sobrevivieron. Nuestra especie es una especie de viudas. Viéndolas ahora perderse en el gran infinito se piensa en cómo la gente termina por ser algo más que ella misma: su arquetipo. Donna Rachele, recatada y entutada, silenciosa, borrosa, era la italiana que se resigna a que el papel brillante lo ocupe el marido y, junto a él, la esplendorosa amante del marido, y termina diciendo que la perdona "de todo corazón". Mamie Eisenhower era viva, activa; gobernaba la Casa Blanca, era la dominante y omnipresente ama de casa americana junto al marido de imagen sonriente, bonachona y un poco perdido en un cargo que nunca debió ser suyo. Yvonne de Gaulle era la tía —tante Yvonne— de todos los franceses, de los que su marido quería ser el padre —y no le dejaban—. Inauguraba exposiciones, visitaba niños desvalidos, ordenaba la compra y la cocina con el chef del Elíseo y subraya con suave elegancia —estaba obligada a vestir en las grandes casas francesas— la "grandeur" del hombre que llegó a creerse que era Charles de Gaulle.

El poder de la imagen en nuestro tiempo es alucinante. No sólo llega a convencer al público de que los protagonistas son como la propia imagen desea, sino que convence a los propios protagonistas. Hasta Hitler tuvo que someterse a conservar su cepillito entre la nariz y el labio y peinar cuidadosamente su flequillo; Stalin estuvo atusando su bigote hasta el día de su muerte. Quién sabe si hubiesen perdido su poder si un día hubieran decidido afeitarse. Habrían mostrado unos rostros lampiños, insulsos, sin los atributos externos del líder. Terminaron siendo el retrato de sí mismos. El cigarro de Churchill, el sombrero de alas anchas y la capa española de Roosevelt fueron imprescindibles para ganar la guerra. La rosa blanca del Pandit Nehru, la barba silvestre de Fidel Castro, la guerrera de Mao. O la bufanda roja de Umbral, o la gorra de marinero en tierra de Alberti. Quién sabe qué se puede convertir en emblema, en imagen. Cuando, la semana pasada, los jóvenes derechistas de Houston se manifestaban para pedir el asalto al Irán, entre sus pancartas había varias con la imagen de John Wayne tocado con el sombrero tejano, el famoso "Stetson" (al fondo, el toque de carga del Séptimo de Caballería), tan famoso como el paraguas que Mr. Eden no pudo abandonar jamás después de haberlo blandido como un símbolo civil frente a los cañones de Hitler.

Atrezzo, vestuario, decorado para el gran teatro del mundo. Y, en la cabecera del cartel, las grandes damas representando sería, trágicamente sus papeles: Donna Rachele, tante Yvonne, Mamie Eisenhower... ■

POZUELO